

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Mujeres, pintura y política [Women, painting and politics]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Poniatowska, Elena
Publisher	Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-05 22:53:10
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/154611

Mujeres, pintura y política

Elena Poniatowska

Resumen

Elena Poniatowska narra una historia de las mujeres mexicanas en la que hace un contrapunto entre los años de la revolución –época de las soldaderas, que relató Nellie Campobello y cuya violencia criticó años después Jesusa Palancares, y que fuera fotografiada por Tina Modotti y Lola Álvarez Bravo– y el presente, en que unas van a buscar un futuro a los Estados Unidos, otras alimentan a los migrantes durante el trayecto –“las patronas”– y algunas crían hijos solteras o sufren abusos en el empleo doméstico en el DF, o el racismo y las desigualdades en Chiapas, o los asesinatos. La autora también recuerda a las luchadoras contra el femicidio, como las madres de “Justicia para

Abstract

Elena Poniatowska narrates a history of the Mexican women in which she does a counterpoint between the years of the revolution – the period of the soldaderas, described by Nellie Campobello and whose violence criticized years later Jesusa Palancares, and that was photographed by Tina Modotti and Lola Álvarez Bravo – and the present, in which some are going to get a future in the United States, others feed the migrants during the journey – ‘the patronas’ – and some child-rearing unmarried or domestic employment abuse suffers in DF, or racism and inequality in Chiapas, or murders. The author also recalls the fighters against femicide, such as the mothers of ‘Justice for our Daughters’, the teachers, the nurses, the

CvE
Año V
Nº 9
Primer
Semestre
2013

Nuestras Hijas”, a las maestras, a las enfermeras, a las cuidadoras y a las madres de familia, a las que acuden al mercado y a las que rezan con su niño en brazos, además de a las cineastas Lourdes Portillo y Marisa Sistach, a la par que señala a otras mujeres de mérito en las ciencias y las artes: Silvia Torres, Helia Bravo de Hollis, Yoloxóchitl Bustamante Díez, Carmen Aristegui, Amalia Hernández y Guillermina Bravo, junto a Rosario Castellanos. También refiere a la feminización de la pobreza y de la política, al nuevo trato a las mujeres indígenas zapatistas, a la cuestión del aborto y a la represión que causa la intolerancia de la Iglesia católica, los valores tradicionales excluyentes y la cultura política autoritaria. Asimismo, recuerda a Frida Kahlo y a Sor Juana Inés de la Cruz.

nannies and the housewives, to these who flock to the market and those that pray with their child in arms; in addition to the filmmakers Lourdes Portillo and Marisa Sistach, while pointing to other women of merit in sciences and arts: Silvia Torres, Helia Bravo de Hollis, Yoloxóchitl Bustamante Díez, Carmen Aristegui, Amalia Hernández y Guillermina Bravo, along with Rosario Castellanos. She also refers to the feminization of poverty and politics, to the new attitude to indigenous Zapatista women, the issue of abortion and to the repression that cause the intolerance of the Catholic Church, the exclusive traditional values and the authoritarian political culture. She remembers, as well, Frida Kahlo and Sor Juana Inés de la Cruz.

Elena Poniatowska

Escritora mexicana que desarrolló los más variados géneros: testimonio, ensayo, cuento, novela, entrevista y crónica. Publicó y colaboró en numerosas editoriales, periódicos y revistas. Fue fundadora del periódico *La Jornada* y de las revistas *Fem* y *Debate Feminista*, así como de la Cineteca Nacional y la editorial Siglo XXI en México. Doctora *Honoris Causa* por varias universidades, ha recibido numerosas distinciones y premios académicos y literarios. Entre sus obras se destacan: *La noche de Tlatelolco* (1971), *Nada nadie* (1988), *Tinísima* (1992), *Las soldaderas* (1997) y *El tren pasa primero* (2006).

Mexican writer who developed the most assorted genres: testimony, essay, short story, novel, interview and chronicle. She published and collaborated in numerous publishing companies, newspapers and magazines. She was founder of the newspaper La Jornada and the magazines Fem and Debate Feminista, as well as of the Cineteca Nacional and Siglo XXI publishing house in Mexico. Doctor Honoris Causa by several universities, she received numerous academic and literary distinctions and awards. Among her major works are: La noche de Tlatelolco (1971), Nada nadie (1988), Tinísima (1992), Las soldaderas (1997) and El tren pasa primero (2006).

Palabras clave

1| Historia de las mujeres 2| Feminismo 3| Oposición a las mujeres 4| Femicidios
5| Cuestión del aborto 6| Liberación de las mujeres

Keywords

1| *History of Women* 2| *Feminism* 3| *Oppression to Women* 4| *Femicides*
5| *Abortion Issue* 6| *Women's Liberation*

Cómo citar este artículo [Norma ISO 690]

PONIATOWSKA, Elena. Mujeres, pintura y política. *Crítica y Emancipación*, (9): 61-74, primer semestre de 2013.

Mujeres, pintura y política

Una mujer excepcional surge en el siglo XVII y cubre tres siglos: Sor Juana Inés de la Cruz. Es la mayor poeta de América Latina, según Octavio Paz. Otra mujer, nacida el 6 de julio de 1907, también rompe esquemas: Frida Kahlo. La gran pintora y esposa de Diego Rivera. La niña Fisita, como la llamaba Diego, es hoy un ícono como lo es la Virgen de Guadalupe. Claro, hay heroínas durante la Independencia, como doña Josefa Ortiz de Domínguez; durante la Revolución, como Juana Gutiérrez de Mendoza, que se unió a Emiliano Zapata, pero hasta hace poco los historiadores habían olvidado a las soldaderas. Sin ellas, no hay Revolución Mexicana, porque los hombres simplemente habrían desertado.

Las mujeres de la Revolución fueron llamadas vivanderas, comideras, coronelas, viejas de cuartel, galletas de capitán, soldaderas, chimiscoleras, soldadas, Juanas, cucarachas, pelonas, guachas, argüenderas y hurgamanderas. Ahora las llamamos “Adelitas”.

–Yo te doy agua.

–Yo te llevo las ollas y las cazuelas para hacerte tu comida.

–Yo te despiojo.

–Yo te lío tu petate.

–Yo te lavo tu ropa.

–Yo junto la leña para hacer lumbre.

–Yo te aceito tu fusil.

–Yo te prendo tu cigarrito y, si no hay tabaco, te hago uno de macuche. Aquí tengo hojas de maíz.

–Yo cargo tu Mauser y tus cartuchos.

–Yo cuido de que no se moje la pólvora.

–Yo te hago casa en el campo de batalla.

–Yo soy tu colchón de tripas.

–Yo tengo a tu hijo en la trinchera.

Las soldaderas viajaban en el techo del vagón, porque los caballos tenían que resguardarse. “La caballada va adentro”, orden de Pancho Villa. La pérdida de una yegua era irreparable. La de una mujer, quién

sabe. Junto a su hombre, las soldaderas aguantaban la nieve del norte, la escarcha, el rocío de la madrugada, hasta que los primeros rayos de sol y de viento secaban su ropa. El sol, como todos lo saben, es la cobija de los pobres y sale para todos por más tarde que amanezca. Las soldaderas la hacían de sol y cobijo, eran un inmenso rebozo sobre una tropa hirsuta que avanzaba sin saber cómo, ni a qué, ni adónde.

Las soldaderas se subían al tren de la vida, al tren del combate, al tren del destino. A ellas, sí, no se les iba el tren, como a las decentes que se protegieron contra todas las inclemencias detrás de la ventana de su casa con una tacita de té en las manos y un pañuelo que llevarse a los ojos. Las soldaderas tenían la única vocación que te salva en la vida: la de dos piernas que saben caminar. “¡Ya se va el destacamento!”, y ellas se aparecían en la estación con su tilpayate, que al rato se dormía recargado en un canasto. La mayoría de los soldados eran adolescentes de 14 y 15 años, y las soldaderas también eran pollitas, aunque los historiadores y los novelistas las vean en una forma tan despectiva como vieron a Nellie Campobello. Pocas mujeres son “La Pintada”, “Juana Gallo”, “María Pistolas”, “La Adelita”, “La Valentina”, “La Cucaracha”. En la película *La Generala*, la actriz María Félix nos brinda una marimacha que reparte bofetadas, y con su puro en la boca y su ceja levantada decide no sólo su propia vida, sino la de las demás. ¿Alguna vez hubo una soldadera parecida? No consta en actas. En cambio, Agustín Casasola retrata a las mujeres entregadas a una paciente tarea de hormiga, acarreando agua y palmeando tortillas, el fuego encendido, el anafre y el metate siempre a la mano –¿sabrás alguien lo que cuesta cargar un metate durante kilómetros de campaña?–, el pocillo de atole o el café que se le lleva al compañero con el “tú no te preocupes, yo lo hago”, y al final de la jornada, la persignada, esas crucecitas que se posan como insectos sobre la frente, la boca y el pecho, y son amuletos contra la desgracia y la muerte.

También Salvador Toscano, en miles de metros de película, hace surgir ante nuestros ojos a mujeres de manos morenas deteniendo la bolsa del mandado o aprestándose para entregarle el Mauser y las cartucheras a su hombre. Con sus enaguas de percal y sus sombreros de paja, sus rebozos y la interrogación en sus ojos de piloncillo, no parecen las fieras mal habladas y vulgares que pintan algunos autores de la Revolución Mexicana. Al contrario, se mantienen atrás, y cuando están adelante es porque se han vuelto hombres, como Petra Herrera. No tener mujer es ser la mitad de un soldado, la mitad de una naranja, la mitad de un caballo.

Sin las soldaderas, los hombres llevados de leva hubieran desertado. Durante la Guerra Civil de España, en 1936, los milicianos

no comprendían por qué razón debían quedarse en el cuartel o en la trinchera, y se iban tan tranquilos a meterse a su cama en la noche. En México, en 1910, sin las mujeres habría pasado lo mismo. Sin ellas, los soldados no hubieran comido, ni dormido, ni peleado. Los mexicanos llevaban a su soldadera, que era su estufita. Si los soldados no acarrearan su casa, hubiera significado el fin de los ejércitos.

Nellie Campobello, gran escritora, lanza la granada de su libro *Cartucho* en 1931 y en sus páginas estalla toda la tragedia de la Revolución Mexicana. A lo largo de pequeños capítulos, Nellie nos da a fogaonzos una imagen cruel y descarnada de la revuelta vista por los ojos de una niña nacida antes del pecado original. Cada página es un muerto o un fusilado. Desde su ventana, la niña ansía ver caer a los hombres, y los cadáveres son sus juguetes. Cuando se llevan a su favorito, lo extraña, porque la ha entretenido durante cinco días.

Años después, en 1967, Jesusa Palancares corrobora que hacer la guerra para traer la paz es una gran mentira. Jesusa cuenta los cuerpos que se quedan tirados a medio campo de batalla con los ojos abiertos y las tripas saltadas, y afirma que las corporaciones se formaron con “gente agarrada de a montón”. Según ella, “los generales echaban mano de lo primero que encontraban y los mandaban al combate nomás a que los mataran, porque mientras se enseñaban a cargar su rifle ya los habían ajusticiado. Los chiquitos, como no comprendían, se iban hasta adelante y ahí se quedaban tirados. Los agarraban como puerquitos y vámonos al matadero. Una vez, recibimos a una corporación que venía a reforzarnos con pura bala caliente. Yo creo que fue una guerra mal entendida porque eso de que se mataran unos con otros, padres contra hijos, hermanos contra hermanos, carrancistas, villistas, zapatistas, pues eran puras tarugadas porque eran los mismos pelados y muertos de hambre”.

En México, “los de abajo”, como en la novela de Mariano Azuela, son los pobres. Antes los “braceros”, los que atravesaban el Río Bravo para buscar mejor suerte, eran sólo hombres. Ahora también las mujeres mueren a la mitad del río, o de sed, al atravesar el desierto entre México y Estados Unidos.

México tiene actualmente 112,5 millones de habitantes: 55 millones son hombres y 57,5 millones son mujeres, de acuerdo con el Censo de Población de 2010. Hay 2,6 millones más de mujeres que de varones. Al año 2010, hay 95 hombres por cada 100 mujeres.

La pobreza tiene rostro de mujer. La pobreza se ha feminizado. Las corrientes políticas nacidas en América Latina, también. La insurgencia indígena hizo surgir a las mujeres comandantes en Chiapas, las maestras, las enfermeras, las cuidadoras, las madres de

familia, las que acuden al mercado a comprar y a vender, las que rezan con su niño en brazos sentadas en el piso de barro de la catedral, las que te tienden la mano; conforman las comunidades eclesiales de base que el Papa teme en Roma por su cercanía con la teología de la liberación. Las mujeres, en Chiapas y en otras provincias, constituyen un movimiento frágil, recién nacido, son una hierbita que crece, una agüita que surge, un nuevo modo de ser dentro de los viejos modos.

El Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que surgió en Chiapas en 1984, no sólo puso a los indígenas olvidados en el tapete de las discusiones, sino a la situación de las mujeres. El fenómeno cultural

Antes, las mujeres eran cambiadas por un garrafón de pox y esta costumbre aún subsiste en algunas comunidades. Ahora, las que estuvieron en contacto con el zapatismo escogen a su hombre, lo miran a los ojos y le dicen: “Tú eres al que yo amo”.

más importante del Ejército Zapatista en Chiapas es el nuevo trato a la mujer indígena. Para las mujeres indígenas, tanto jóvenes como viejas de 35 años –porque a los 35 años ya son viejas–, volverse zapatistas fue la mejor opción de vida. Antes eran criadas o bordadoras o tejedoras y no recibían ni la mitad de lo que vale su trabajo. Marcos dijo: “Cuidamos mucho a nuestras mujeres, porque como están desnutridas no queremos que pierdan demasiada sangre cuando tienen su regla. Aquí en el Ejército Zapatista, la violación de la mujer es castigada con la pena de muerte. El que viola es fusilado. Hasta ahora no hemos tenido que lamentar fusilamiento alguno”.

Antes, las mujeres eran cambiadas por un garrafón de pox y esta costumbre aún subsiste en algunas comunidades. Ahora, las que estuvieron en contacto con el zapatismo escogen a su hombre, lo miran a los ojos y le dicen: “Tú eres al que yo amo”. Pueden ejercer control sobre su cuerpo y utilizan diversos métodos anticonceptivos. Entre sus peticiones dijeron que querían los hijos que podían mantener y conducir un automóvil igual que los hombres.

En Amatlán, Veracruz, pasa el tren llamado “La Bestia”. Sentados en el techo de los vagones y a veces parados entre dos vagones, viajan en condiciones infernales los migrantes que aspiran llegar a Estados Unidos. Un grupo de mujeres llamadas “las patronas”, que muy

pronto adquirieron conciencia del sufrimiento de los migrantes, les reparten a su paso bolsitas de plástico con frijol y arroz, así como botellas de agua. El nombre de “las patronas” proviene del pueblo por el que pasa el tren, “La Patrona”. Algunos maquinistas pitan con anticipación para que las patronas estén preparadas y los migrantes puedan atrapar su bolsita tendida por la mano de mujer. Este acto pinta de cuerpo entero a las mujeres de mi país, a las jarochas que además de bailar el danzón como unas reinas son generosas como sólo puede serlo una madre.

Hay más de 16 mil madres solteras en el Distrito Federal, la mayoría empleadas en casas y sujetas a la bondad de su patrona, abandonadas por el hombre que jamás volvió a aparecer. El número es grande al lado del de otros países, como es grande el de las madres solteras, todas de escasos recursos. Nadie las acepta y mal saben leer y escribir. En el Distrito Federal las madres solteras reciben 668 pesos al mes a través de un banco. La falta bárbara de autoestima de las empleadas domésticas las hace someterse al deseo del hombre.

En el Distrito Federal, el aborto puede hacerse hasta las 12 semanas de gestación a voluntad de la mujer y en el resto del país puede realizarse cuando es producto de una violación. En 31 estados el aborto es legal cuando peligró la vida de la mujer. Al día siguiente de la despenalización del aborto, en abril de 2007, y a lo largo de los últimos 5 años, 90 mil mujeres han interrumpido su embarazo, lo cual no es una cifra muy grande para una ciudad como la nuestra, de más de 20 millones de habitantes.

Imposible no mencionar el feminicidio en nuestro país, sobre todo a raíz de las muertas de Juárez, que ha escandalizado al mundo y mancha al gobierno mexicano. Políticamente, el gobierno se ha desentendido de una realidad que indigna al mundo entero. Desde 2007 hasta diciembre de 2008 se produjeron en México 1.221 feminicidios en 12 estados. De enero de 2009 a junio de 2010, hubo 1.728 en 13 entidades. El asesinato de las llamadas muertas de Juárez ha sido ignorado por el gobierno, y en enero de 2011 la asociación de madres de familia “Justicia para Nuestras Hijas” registró 446 feminicidios en el estado de Chihuahua, es decir, uno cada 20 horas. Lourdes Portillo filmó *Señorita extraviada*, en la que dio cuenta de la misoginia institucional del gobierno mexicano. Otra cineasta que habla de la crueldad en contra de las mujeres en México es Marisa Sistach, espléndida autora de la cinta *Perfume de violetas*.

¿Qué han hecho las ricas y las catrinas por México? ¿Qué hicieron diputadas y senadoras con sueldos de 77.745 y 126.800 pesos mensuales más comisiones, bonos por cansancio, por alimentos, desplazamientos, puntualidad, asistencia y tiempo extra?

De 14.043 alumnos en posgrado en la UNAM, 6.918 fueron mujeres. La doctora en astronomía Silvia Torres honra a México al ser nombrada, a partir de 2015, presidenta de la Unión Astronómica Internacional. Helia Bravo de Hollis, nacida en 1901, fue pilar fundamental de la botánica mexicana, divulgada en más de 160 publicaciones. Yoloxóchitl Bustamante Díez, doctora en ciencias con especialidad en Bioquímica, es directora del Politécnico. Carmen Aristegui, egresada de la UNAM, es una gran periodista. Las bailarinas Amalia Hernández y Guillermina Bravo fundaron la danza en México como lo hicieron las escultoras Águeda Lozano y Helen Escobedo en su campo, y las pintoras Frida Kahlo y María Izquierdo, al lado de fotografías de la talla de Tina Modotti y Lola Álvarez Bravo.

Por orden del periódico comunista *El Machete*, fundado en 1924 por Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, José Clemente Orozco y Xavier Guerrero, Tina empieza a tomar fotografías en la calle e intenta simbolizar la lucha social. Una foto de 1928, llamada sencillamente *Composición*, representa una guitarra, una mazorca y una canana cargada de balas, y se convierte en un símbolo de la Revolución. Más tarde, Lola Álvarez Bravo habría de decir: “Tina empezó como fotógrafa elegante. Rosas, vasos, escaleras, alcatraces. Y luego se fue llenando de los harapos de los hombres y las mujeres de México, los que acuden a la pulquería, las tehuanas con su batea de frutas en la cabeza, los hombres que leen *El Machete* o la mujer del Istmo con el niño en la cadera. Me impresionó la fuerza de su convicción. Llegó a México en un momento muy duro, cuando había gente magnífica en el Partido Comunista, pero muy perseguida, como Xavier Guerrero, Juan de la Cabada, Hernán Laborde y su mujer Concha Michel, José Revueltas, Diego Rivera. En México, Tina maduró como luchadora y produjo un arte verdadero”.

Nadie había creado antes un símbolo fotográfico como el de la carrillera, la mazorca y la hoz. Por eso Tina tiene un lugar importante en la historia de la fotografía en México y puede considerarse una de las primeras fotógrafas mexicanas. ¿Por qué? Su influencia fue definitiva en sus contemporáneos y su impronta aún perdura. Manuel Álvarez Bravo, uno de sus seguidores, la reconoce única. Alguna vez, Manuel me contó que tenían que pasar varios meses para que a él se le antojara retratar algo en un país extranjero. Así le sucedió a Tina tanto en Alemania como en Rusia, y por eso canjeó la fotografía por la militancia.

¿Qué era ser mujer en los años veinte y en los treinta? De locas calificaron a Lupe Marín y a Antonieta Rivas Mercado, a Frida Kahlo, Tina Modotti, María Izquierdo: pantalonudas y medio lunáticas. Desde luego, todas estas pioneras no eran “decentes”. No era

decente decidir su propia vida, aprender un oficio, ejercerlo, interesarse en una expresión artística, arrodillarse ante un culto que no fuera el religioso, y mucho menos retratarse desnuda en una azotea a la manera de Nahui Ollin y Tina Modotti. A la muerte por asesinato de su amante, el líder cubano Julio Antonio Mella, en menos de cinco días los periódicos deshicieron su reputación y consignaron con toda solemnidad que Tina, entre otras desviaciones, tenía la de fumar... ¡Qué barbaridad! ¡Qué pecado! No cabía duda de que demostraba con ello ser una mujer de la calle. Lo mismo le sucedió unos años más tarde a Lola Álvarez Bravo en la Secretaría de Educación Pública. Un funcionario le aclaró: “¿Cómo quiere que la trate si me sale usted con un cigarro en la mano y me dice que así viene a trabajar?”. Lola era contundente al afirmar: “A los señores les da mucho coraje que una mujer pueda mantenerse sola y ser independiente”.

Lola le rogaba a Manuel que le pasara la cámara, por favor: “Ay, déjame tomar una fotito, ándale”, pero Manuel no accedía con frecuencia. Eso sí, la encerraba en el cuarto oscuro a revelar los negativos. Cuando Manuel enfermó y creyó que iba a morir, Lola le dijo a su hijo Manuelito: “Nos vamos a morir, porque ¿qué vamos a hacer sin tu papá?”, hasta que descubrió que podía vivir por sí misma y volvió a nacer. Retrató a Frida, a Diego, a María Izquierdo, a Rufino Tamayo, a Orozco, a Rivera y a sus murales, y se dio cuenta de que podía incursionar en el fotomontaje como nadie lo había hecho. Sus fotomurales son únicos y el que hizo para el lobby del Teatro Revolución pasará a la historia. Extraordinaria relatora, destaca no sólo en sus fotos y en la crónica fotográfica, sino en la historia oral del México que vivió.

México tiene la suerte de poseer un maravilloso acervo fotográfico y cinematográfico. Allí están los archivos de Casasola, de la Nación, y los de los estados de Guanajuato, Puebla y el Pedro Guerra de Yucatán. Salvador Toscano filmó la película que su hija Carmen organizaría y transformaría en *Memorias de un mexicano*, que pone a la Revolución en movimiento. Habría que señalar que ningún país en el mundo cuenta con tantas fotografías como México.

Cuando Tina fue expulsada de México acusada del intento del asesinato de Pascual Ortiz Rubio, en 1931, Manuel y Lola Álvarez Bravo heredaron su compromiso: fotografiar la obra de los grandes muralistas. La de Diego, la de Orozco, en los patios de la Secretaría de Educación Pública.

La chiapaneca Rosario Castellanos encarnó la tensión y el encuentro entre dos culturas. Con un mestizaje aún en proceso, las mujeres del sureste, las chiapanecas, soportan el racismo, así como las grandes desigualdades económicas, sociales, políticas y culturales.

Con una iglesia católica muy intolerante, y valores tradicionales tan excluyentes como el sistema de gobierno y una cultura política autoritaria, el camino de las mujeres ha sido muy duro, porque cuando a los hombres les va mal, a las mujeres les va peor.

La conciencia social la adquieren muy pronto escritoras de la talla de una Rosario Castellanos, que, al igual que Gabriela Mistral, fue maestra y se preocupó por los oprimidos.

De México, la escritora más completa, la más destacada después de Sor Juana Inés de la Cruz, es, desde luego, Rosario Castellanos.

¿Qué era ser mujer en los años veinte y en los treinta? De locas calificaron a Lupe Marín y a Antonieta Rivas Mercado, a Frida Kahlo, Tina Modotti, María Izquierdo: pantalonudas y medio lunáticas. Desde luego, todas estas pioneras no eran “decentes”.

Trescientos años después del nacimiento de Sor Juana, las circunstancias de Rosario Castellanos no serán muy distintas a las que hicieron que Sor Juana Inés de la Cruz escogiera el convento de las Jerónimas para poder dedicarse a la pasión de su vida: leer y escribir. Nacida en Comitán, Chiapas, en 1925, Rosario Castellanos muy pronto habrá de indignarse en contra de la explotación de los chamulas, que caminan silenciosos y furtivos. Blanca, casi transparente, con unos grandes ojos negros, Rosario Castellanos será siempre una flor de invernadero, sus manos y sus pies pequeñísimos, frágiles, hacían exclamar a Miguel Ángel Asturias: “¡Pero qué manitas de maya!”.

Cronista de un mundo de explotados, Rosario es a su vez explotada por una sociedad que aún hoy no protege ni respeta a las mujeres, una sociedad en la que la mujer es sólo una “esclava del señor”, una “hágase en mí según tu voluntad”. Rosario Castellanos no vive la vida, la padece. Mientras el hombre se lanza, ella conoce la rutina, los oficios pequeños, la renuncia.

Si para el hombre el amor no suele ser sino el momento en que se enamora, para la mujer el amor es la inmanencia, la entrega, la selección de un modo de vida durable hasta la muerte: concebir a los hijos y criarlos. Para el hombre, el matrimonio no es un fin en sí. La mujer permanece en los patios interiores, apaga las antorchas, termina

la tarea del día. Cuando es joven, hace la reverencia, baila en los bailes y se sienta a esperar el arribo del príncipe. Cuando es vieja, aguarda a que le den la orden de que se retire.

Sus dos novelas, *Balún Canán* y *Oficio de tinieblas*, se sitúan en Comitán. Sus cuentos de *Ciudad Real* también, y el tema de la soltería y de la vergüenza que significa no pescar a un hombre es recurrente a lo largo de toda su obra, como lo es el de una sociedad muy estratificada, muy jerarquizada, en que los indios están siempre al servicio de los blancos.

Una mañana en Chiapas, unos visitantes se extrañaron al ver que un campesino iba montado con su haz de leña a lomo de burro mientras su mujer caminaba tras él, con su leña en los hombros. Cuando le preguntaron por qué la mujer iba a pie, respondió: “Es que ella no tiene burro”.

Rosario llegó muy pronto a la certeza de que ninguna mujer en su patria tenía burro, ni por casarse, ni por equivocación, y aunque Rosario más tarde habría de casarse, de tener un hijo, ella misma le contó a Beatriz Espejo que desde niña se refugió en la soledad y supo que escribir disminuía esa sensación.

Después de los años de vida en la corte, Sor Juana escoge la clausura. Primero, las Carmelitas Descalzas, cuya orden le resulta demasiado rigurosa, y finalmente el Convento de San Jerónimo, en el que muere.

Rosario Castellanos murió en la forma más absurda, al tratar de conectar una lámpara en su casa de Tel Aviv. La descarga eléctrica la mató y falleció solita a bordo de la ambulancia que la llevaba al hospital. Nadie la vio, nadie la acompañó. Al irse, se llevó su memoria, su risa, todo lo que ella era, su modo de ser río, ser adiós y nunca. En Israel, le rindieron grandes honores. En México, la enterramos bajo la lluvia, la convertimos en parque público, en escuela, en lectura para todos, la devolvimos a la tierra. En el fondo, Rosario siempre supo que iba a morir. Entretejió el hilo de la muerte en casi todos los actos de su vida, los cotidianos y los literarios. Había en ella algo inasible, un andar presuroso, un tránsito que iba de la risa al llanto, del corredor a la mesa de escribir, un ir y venir de sus clases en la Facultad de Filosofía y Letras al Instituto Kairós, una premura, un ansia que punzaba sin mañana y sin noche. Muchas veces avisó que se iba a morir:

Yo no voy a morir de enfermedad
ni de vejez, de angustia o de cansancio.
Voy a morir de amor, voy a entregarme
al más hondo regazo.

Yo no tendré vergüenza de estas manos vacías
ni de esta celda hermética que se llama Rosario.
En los labios del viento he de llamarme
árbol de muchos pájaros.

Frida conoció la soledad, pero sobre todas las cosas, llegó hasta el fondo del pozo del dolor físico. Sin embargo, nunca cayó en lo que caemos la mayoría de las mujeres: sentirse víctima. Al contrario, pintó. Si se pinta a sí misma una y otra vez, es porque su inmovilidad la convierte en su propia modelo y sus autorretratos nos cuentan su historia y sus estados de ánimo. Cuando unos meses antes de su muerte le cortaron la pierna, escribió: “Pies, para qué los quiero si tengo alas para volar”, pero también apuntó en su diario: “Espero alegre la salida y espero no volver jamás”.

Luis Cardoza y Aragón lo dijo muy bien: “Diego y Frida eran el paisaje espiritual de México, algo así como el Popocatepetl y el Ixtacihuatl en el Valle del Anáhuac”.

María Sabina, la oaxaqueña, quien murió hace años, atrajo a su humilde choza en Huautla de Jiménez, Oaxaca, a sabios como Gordon Wasson y Roger Heim, quienes gracias a la ceremonia de los hongos alucinantes cultivaron varias especies haciendo un nuevo descubrimiento para la ciencia al entregarle nuestra materia prima al doctor Alberto Hofmann en Basilea, Suiza. Hofmann es nada menos que el descubridor del LSD. En la ceremonia de los hongos con María Sabina, los hongos amargos se ingieren con chocolate. El hongo macho y el hongo hembra, la parejita, los niños santos, las personitas, como ella los llama, dan conocimiento y la hacen entonar cantos chamánicos que mucho tienen que ver con aquello que las mujeres sentimos cuando somos jóvenes y nadie, ni la familia, ni el marido, ni la sociedad, nos ha mediatizado: esa fuerza explosiva con la que amanecemos y salimos a pisar el día antes de que las formas nos aprisionen: “no, no, no, no, tú no, no hagas, no digas, no, qué dirán, a ti no te toco ni modo, no, confórmate”, antes de poder mecernos con María Sabina y repetir tras de ella: “Soy la mujer libre que está debajo del agua” y canturrear tomadas de su mano:

Porque soy el agua que mira,
Porque soy la mujer sabia en medicina,
Porque soy la mujer yerbera
Porque soy la mujer de la brisa
Porque soy la mujer del rocío.
Vengo con mis trece chuparrosas
Soy mujer que mira hacia adentro

CyE

Año V
Nº 9
Primer
Semestre
2013

soy mujer que mira hacia adentro
soy mujer que mira hacia adentro
soy mujer de luz,
soy mujer de luz
soy mujer de día
soy mujer que truena
soy mujer Cristo
soy mujer Jesucristo
soy mujer estrella grande
soy mujer estrella cruz
soy mujer luna.

Muchas gracias por escuchar.